

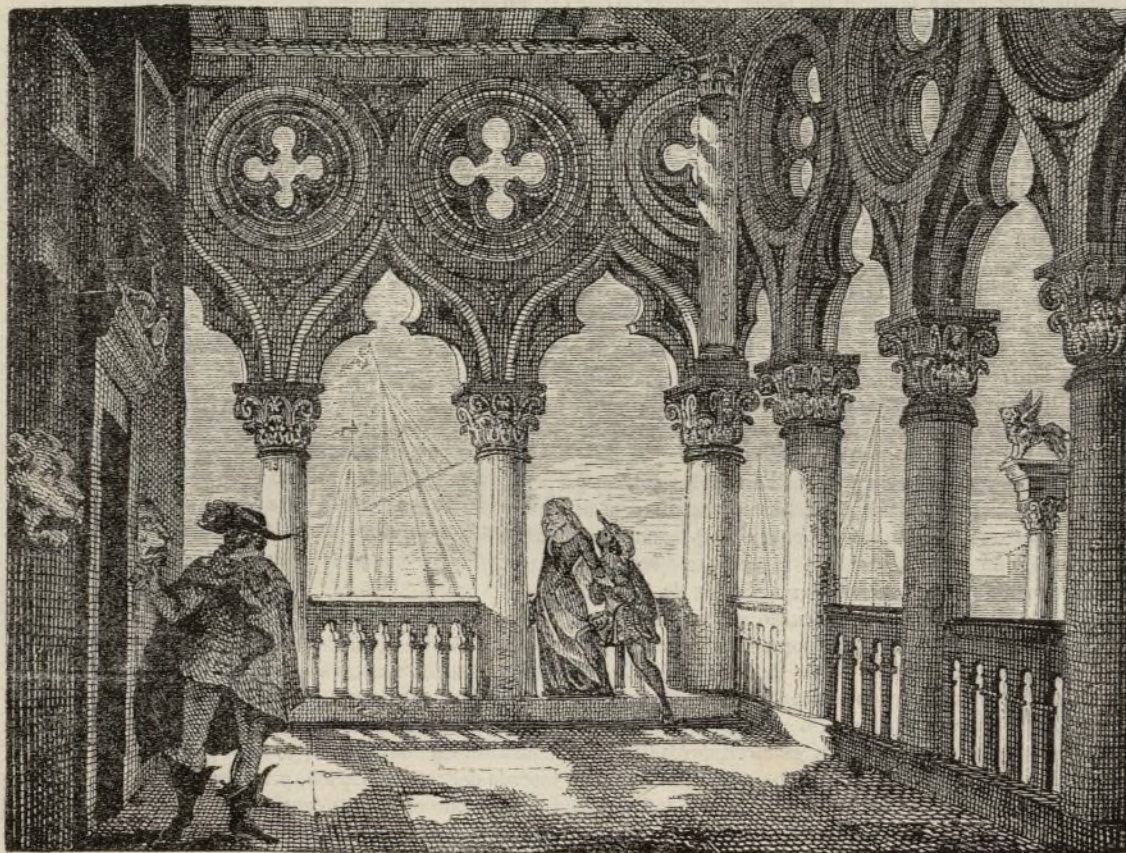
## EL PALACIO DUCAL DE VENECIA.

## LA BOCA DE LOS LEONES.

Si el aspecto de una antigua ruina tiene siempre algo de triste, porque es un testimonio del poder destructor de los tiempos y de los hombres, ese aspecto cuando suscita recuerdos interesantes inspira tambien un encanto melancólico que llega al alma, y ademas hay la idea de una pena que se debilita necesariamente despues que una larga serie de tiempos ha pesado sobre la desgracia que la hace nacer.

Nada al contrario deja una impresion mas absolutamente dolorosa que la vista de una ciudad viva, todavia habitada, empero de donde la vida y el ruido se retiran, cuyos monumentos en pie todavia, llevan ya todas las señales de una próxima é inevitable decadencia; por último, de una ciudad á punto de morir, permítasenos esta espresion, y eso con una rapidez que permite calcular el término de su existencia.

Tal es hoy Venecia: esa ciudad que se dice trasportada del Oriente á la Europa por la vara mágica de alguna hada, la reina del Adriático con su corona de campanarios, de torres, de palacios, de cúpulas, de columnas, está próxima á volver á hundirse en el seno de las olas de donde ha sa-



Palacio del dux en Venecia.—La Boca de los Leones.

lido en otro tiempo para elevarse al mas alto grado de gloria, de poder y de riqueza.

Las innumerables escuadras con que cubria el mar, la multitud de bageles de todas las naciones que se agolpaban á su puerto, la magnificencia y la alegría de las fiestas que celebraba, el cántico de sus gondoleros, sus doscientos mil habitantes, sus diez mil góndolas, todo ha desaparecido ó acabará de desaparecer.

El noble veneciano oculta su miseria en un palacio que se viene abajo, y cuyos restos vende él mismo; el negociante ha abandonado su escritorio; las casas se inclinan hácia su ruina; todos los edificios comienzan á cegar los

canales que bañan su base; en una palabra, un observador ha calculado que á la Roma del Occéano, como la llama lord Byron, apenas le quedan sesenta años de existencia. Es preciso, pues, darse prisa á reproducir sus monumentos por todos los procedimientos posibles, antes de que hayan dejado de existir, así como se aprovechan las últimas horas de un moribundo ilustre para hacer su retrato y fijar sobre el lienzo y el papel facciones que la muerte va muy pronto á borrar para siempre.

Yo he visitado á Venecia; yo he hablado diversas veces en el MUSEO DE LAS FAMILIAS de sus mas notables monumentos. Hay uno cuya historia es la de Venecia misma, de



sus instituciones y de su gobierno: es el palacio ducal, que con su arquitectura de calados encagès, sus balcones, sus galerías de estilo árabe, no ha contribuido poco á la celebridad de esa bellísima plaza de San Márcos de que ya hemos hablado y dado la vista á nuestros lectores.

Fué comenzado este palacio en el siglo X. El dux Marino Faliero, cuya conspiracion es uno de los mas curiosos episodios de la historia de la república, fué decapitado en lo alto de la escalera de los Gigantes en el sitio mismo en donde habia sido coronado. Un gran número de arquitectos famosos concurren durante muchos siglos á la elevacion y al embellecimiento sucesivo de las diversas partes de aquel palacio. En aquel mismo espacio de tiempo se vió destruido muchas veces por incendios. El de 1577 fué tan desastroso que llegó á temerse no poder restaurar lo que las llamas habian perdonado, y verse obligados á construir un edificio completamente nuevo. Arquitectos famosos, entre los que se distinguía el célebre Palladio, pensaron que no habia reparacion posible; empero Da Ponte, que habia ya dado pruebas de destreza y de talento en un incendio anterior en 1574, hizo prevalecer la opinion contraria, y así tuvo la gloria de conservar aquel hermoso edificio tal cual existe hoy actualmente.

Edificado en épocas diversas aquel palacio, debia ofrecer, y ofrece en efecto, una gran variedad de detalles, aunque hay conjunto y armonía en las masas principales. En su totalidad no carece de grandeza y elegancia. La fachada que da sobre el puerto y la de la vuelta del ángulo que domina la *Piazzetta*, son semejantes. En la una y en la otra la parte inferior forma dos galerías iguales; la de la planta baja, que sostienen arcadas ojivales, es pública. La galería superior reservada para el servicio del palacio, se diferencia de la primera por un número de arcadas dobles, y por su estilo que es enteramente árabe. El segundo piso, indicado por una cornisa muy saliente, no presenta sino una sola fila de grandes ventanas igualmente ojivales, y que no tienen ninguna relacion con los arcos de la parte inferior. Un encaje calado muy elevado corona el edificio.

La entrada principal del palacio que mira á la plaza de San Márcos, conduce á la *escalera de los Gigantes*. A la derecha se encuentra el gran patio que forma casi un cuadro regular; á la izquierda hay otro patio pequeño llamado de los Senadores. En lo alto de la *escalera de los Gigantes* es donde se hacia la coronacion de los dux. Esta escalera conduce á una série de vastos salones, que casi todos ellos tienen una celebridad histórica. Aquí estaba la mansion del dux: allí la sala del Gran Consejo, resplandeciente de dorados, esculturas y pinturas: allá la sala del Consejo de los Diez; mas allá el tribunal de los inquisidores de Estado; y en todas ellas cuadros magníficos del Tiziano, del Tintoretto, de Paulo Veronese y de otros ilustres maestros, que recuerdan las grandes acciones de la historia de Venecia.

Todas las oficinas de la administracion tenian tambien su asiento en el palacio ducal. Las menos importantes ocupaban la planta baja.

Las prisiones de la Inquisicion, que aun existen todavia, aunque separadas del palacio por un canal, se unian sin embargo á él por medio del famoso *Puente de los Suspiros*. Sabida es la horrible fama y celebridad que tienen estas horribles prisiones, calabozos conocidos bajo el nombre de *los Plomos* y *los Pozos*. Los *Plomos* son las

prisiones que se hallaban en sus azoteas; los *Pozos* son las prisiones que se hallaban en los subterráneos. En unos y otros hemos estado. Allí en los Pozos nos hemos sentado en el mismo banco de piedra junto á la ventana que da al canal, donde despues de dar garrote al reo se le arrojaba á la góndola, sin que pudieran ver los gondoleros el cadáver que conducian para arrojarlo al canal de Orfano. Allí, con el lápiz en la mano, y al trémulo resplandor de una antorcha que tenia el guía que nos iba enseñando aquellas mansiones del terror, hemos copiado las inscripciones que los desgraciados reos habian escrito sobre las paredes, trazadas muchas de ellas con sus uñas, inscripciones que habiéndolas conservado cuidadosamente en nuestra cartera trascribimos hoy á nuestros lectores.

En la prision número 5.

*Maledictus homo qui confidit in homine.  
Soli Deo honor et gloria.*

En la prision número 8.

*Non ti fidar di aluno pensa é taci  
Sefuoi voi dei Spioni infidie é Laci.*

*Il pentirti, il pentirti, nula giova,  
Ma ben del valor tuo faveta prova.*

*De chi me fido guardami Iddio,  
De chi no me fido me guardaro io.*

*Io Francesco Abiot Marco.*

*Un parlar poco Et un.*

*Negar pronto. Et un.*

*Pensar il fine pol dar la vita á noi altri Mechini, 1605.  
Ego Joannes Baptista. R. E. Arcipreste Ecclesiam Cortelarius.*

*Io Pre Pietro Savioni.*

En lo alto de la *escalera de los Gigantes* nos hemos detenido y metido nuestra mano en la célebre *boca de las denuncias*; dos cabezas de leon, en donde una palabra deslizada por ellas bastaba para arrojar á un ciudadano en sus calabozos. En una palabra, todo el gobierno de Venecia, morada del gefe del Estado, prisiones, tribunales, administracion, todo se hallaba centralizado en aquel palacio, del que no hay aun un cuarto, una galería, un rincon que no cautive el alma con recuerdos llenos de interés, ó por sus arquitecturas y adornos.

La vista interior del palacio ducal, que representa el grabado que acompaña á este artículo, es digna bajo este doble aspecto de toda la atencion de nuestros lectores; es una parte de la galería superior de que antes hemos hablado. Desde allí abarca la vista á la vez el puerto, la isla de San Jorge, los edificios del puerto franco que la cubren; el muelle terminado por el jardin público; el gran canal de Venecia; las dos columnas de granito traídas en otro tiempo del Archipiélago y coronadas la una con la estatua de San Teodoro, y la otra con el leon alado de San Márcos, aquel símbolo tan terrible por largo tiempo del poderío veneciano. ¡Qué espectáculo tan brillante no formaba aquel conjunto en la época de la prosperidad de Venecia, cuando



su puerto se hallaba vivo, animado, y no hoy que se le ve triste, abatido y solitario!

Sin embargo, no es el brillo de ese espectáculo, ni aun por el carácter tan notable de su arquitectura, y el atrevimiento de su construcción, lo que mas profundamente llama la atención é impresiona al observador. Ante todas cosas allí le asalta un recuerdo que bastaría solo para condenar la aristocracia veneciana. Allí es donde se abría debajo de una cabeza de león aquella *boca de las denuncias*, siempre dispuesta á recibir el depósito del odio, las inspiraciones de la envidia, de los celos ó de la iniquidad. Semillante establecimiento resume en sí solo todo el misterioso despotismo de Venecia, y atestigua que todo reposaba sobre el espionaje, la delación y los suplicios. La *boca de las denuncias* es la digna precursora de los *Plomos* y de los *Pozos*. Tal era la llaga horrible que se descubría con terror bajo la máscara brillante que encerraba á Venecia, decorada de las pompas y de las maravillas de las artes, enriquecida de los tesoros de todas las naciones, y entregada á los placeres y festines hasta la licencia.

Los tres inquisidores de Estado, emanación del Consejo de los Diez, tenían por agentes esbirros, espías sacados de todas las clases de la sociedad. Eran al mismo tiempo jueces y acusadores. Jamás era permitido presentarse á tomar la defensa de los acusados; los tormentos arrancaban las confesiones; y los desgraciados que se inmolaban á la seguridad del estado espiraban en los Pozos, y sus cuerpos eran arrojados al canal de Orfano en donde encontraban ignorada sepultura.

Desde el primero hasta el último de los ciudadanos de Venecia, ninguno se hallaba un instante fuera del alcance de la Inquisición de Estado, ni aun los mismos inquisidores, porque dos de entre ellos reunidos al dux podían hacer estrangular y anegar á su colega, sin tener que dar cuenta de ello á nadie. Los agentes de este tribunal envenenaban, daban de puñaladas y arrojaban por la noche en los canales á las gentes sospechosas, que les eran designadas, porque el asesinato hacía parte del código criminal de Venecia.

Cuando los franceses entraron en Venecia en 1797, destruyeron aquel gobierno suspicaz y aristocrático. Entonces había en las prisiones de la Inquisición del Estado un dalmata que hacía veinte y dos años se hallaba allí encerrado. Aquel infeliz se asustó cuando vinieron á sacarle de su calabozo, á que se había habituado. Se resistía á las instancias de sus libertadores, y esclamaba: ¿qué quereis? dejadme: me causais daño. Le pasearon por la ciudad vestido de su traje de preso, y llevando una larga y venerable barba. Festejado, colmado de caricias, obsequiado por todos, vivió todavía cuatro días; cuatro días de libertad y de inesperada alegría en un momento rompieron la existencia que había resistido á veinte y dos años de la mas horrorosa cautividad.

Cuando despues de la caída de Napoleon Bonaparte se reconstituyeron los estados de la Europa, Venecia pasó á la dominación del Austria. La dominación del Austria, como la de todo país extranjero, pesa sobre ella, y en vano han querido los emperadores mantener y fomentar aquella ciudad tan poética, devolviéndole su antiguo brillo. Venecia se muere, y nada ha sido posible para volverla á la vida. La vida de Venecia era su libertad, su independencia: perdidas estas desfallece por momentos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## PARÍS, LONDRES Y MADRID. (1)

### VII.

Paris, diciembre de 1855.

Dice Victor Hugo en no recuerdo cuál de sus composiciones poéticas: «¿Qué sería de la voz del mundo el día en que París se callase?»

Que deviendrait la voix du monde,  
le jour où Paris se tairait?

En ese inmenso concierto de voces que alza todos los días la inteligencia en todos los pueblos civilizados, bajo forma de libros, de periódicos y de discursos, ya políticos, ya académicos, reproducidos por la imprenta y la taquigrafía, y que juntas forman lo que el gran poeta llama elegantemente la *voz del mundo*, es decir, del mundo civilizado, inteligente, París hace, sin duda, el primer papel: á lo menos su voz es la que mas se oye. El día nefasto en que esa voz enmudeciera de repente, se nos figuraría que el mundo de la inteligencia se había quedado mudo, y no porque así fuera en realidad, libreme Dios de imaginarlo, sino por efecto de una ilusión muy natural, nacida del contraste ó sea de la transición de un gran ruido á un gran silencio relativo. El concierto universal nos parecería el silencio por la falta repentina de sus mas estrépitosos instrumentos, sino los mejor templados, y de sus voces mas penetrantes, sino las mas afinadas.

No entraré yo (por incompetencia, entre otras mil razones) en la árdua cuestión de la mayor ó menor cultura que alcanzan hoy las primeras naciones de Europa, comparativamente con Francia. He oído y leído sobre esto opiniones muy contradictorias, y por mas que algunas me hayan parecido muy extravagantes, me guardaré muy bien de contradecirlas, porque no podría hacerlo con bastante conocimiento de causa.

Los que dicen, por ejemplo, que el cerebro, el pensamiento de Europa no está en Francia sino en Alemania, podrá ser que tengan razón; á mí no me lo parece, pero tampoco lo contradigo porque no conozco bastante aquel país para juzgarle. Tampoco creo que esté en Inglaterra, como aseguran otros, y en este punto ya me atrevo á asegurar á mi vez, que ni en ciencias, ni en artes, ni en letras, ni en armas, lleva hoy en el mundo el pueblo inglés la bandera de la civilización, por mas que sea realmente un gran pueblo. Quien la lleva, en mi humilde entender, es el pueblo francés, ó mas bien *Paris*, que es la cabeza y el corazón de la Francia.

¡Oh tres y cuatro veces venturosos los escritores franceses! Su público es la Europa, ó mejor dicho, el mundo civilizado. Si escriben de ciencias, sus libros sirven de texto en todas las escuelas científicas, como sucede en las nuestras con raras escepciones (véanse las listas anuales de obras de texto que publica el gobierno). Estudiando en libros publicados en París, ya en el mismo texto francés, ya en traducciones, se forman nuestros ingenieros, nuestros

(1) Véanse los números de enero y febrero, páginas 20 y 41.



médicos, nuestros hacendistas y hasta nuestros jurisconsultos y nuestros teólogos, si bien en estos dos últimos grandes ramos del saber no estamos ya tan escasos de caudal propio. De París vienen casi todos los instrumentos y aparatos con que se enseñan y se practican las ciencias y las artes en España, si bien es cierto que Alemania nos envía también muchos, y muchos vienen también de Londres, pero ¿á qué negarlo? París es el gran centro y como el depósito universal de donde nos surtimos.

Hé aquí, entre otras, la esplicacion de la prosperidad fabulosa que alcanzan aquí las mil industrias relacionadas con la fabricacion y tráfico de todos aquellos instrumentos y aparatos, porque yo tengo para mí que lo propio que en España sucede en la mayor parte de las naciones: todas por regla general acuden á París á surtir de innumerables objetos que les hacen falta, y que aquí encuentran mejores y mas baratos que en ninguna parte.....

### VIII.

Un ramo hay, que no sé yo en la esencia, á qué órden de ideas pertenece, pero que en sus resultados viene á ser pura y simplemente de *industria y comercio*, en el cual París ejerce, no ya la supremacía, sino el monopolio mas absoluto, y mas incontestable é incontestado sobre todo el mundo: hablo del ramo de *modas*. ¿Se ha calculado bien hasta qué punto esa *tiranía de la moda* que ejerce esta ciudad sobre todas las naciones, es para ella una fuente inagotable de importancia y de riqueza? ¿Sabemos bien, nosotros españoles por ejemplo (y lo mismo puede decirse de los demás pueblos), lo que nos cuesta al cabo del año ese insensato vasallage, puramente oficioso y voluntario, en que nos hemos constituido con respecto al genio inventivo de París, en punto á modas? ¡La moda!!... Convengamos en que los franceses abusan terriblemente de ese *filon* que la vanidad y el candor europeos han puesto en sus manos, ó mas bien en sus bolsillos. Con mas formas que Proteo, mas inconstante y versátil que la fortuna, mas efímera que las rosas, esa misteriosa divinidad francesa llamada *la Moda*, tiene en París sus principales templos, á donde acude á tributarle un culto absurdo toda Europa, trayendo las manos llenas de oro y la cabeza llena de viento.

Horroriza, espeluzna considerar el número de millones (¡no se trata de menos!) que se dejan aquí todos los años, en estos suntuosos almacenes de *modas* de la *Rue de la Paix*, del *boulevard* italiano hasta la Magdalena, de la *Rue Vivienne*, de la *Rue Richelieu* y de otras cien calles, las altivas *ladies* del Támesis, las opulentas princesas rusas, y las italianas, y las suecas, y todas, y muy señaladamente ¡ay! nuestras españolas. Aquellas hermosas tiendas, tan surtidas, tan seductoras, son el ídolo de la mas bella mitad del linage humano: infinitas señoras hacen cada año un viage á París únicamente para visitarlas y comprar algo en ellas, por de contado.....

No lo creyera á no haberlo visto; pero la verdad es que todos los veranos se llena el *boulevard* italiano de españoles y españolas, y que yo sé de muchos y muchas que viniendo aquí todos los años á pasar dos meses, se vuelven siempre sin apreciar ni aun conocer de París mas que..... las modas. Tentado estoy de creer que tampoco vienen mas que por moda. Digo mal: no lo creo; lo sé positivamente, de algunos á lo menos.

Fuerza es confesar que si semejante flaqueza puede tener disculpa, esta se encuentra en el aspecto verdaderamente mágico de los buenos almacenes de modas, que en prodigiosa abundancia ofrece esta capital. Nada mas sorprendente y deslumbrador, por ejemplo, que los vastos salones del almacén llamado *La Ville de Lyon* en el *boulevard des Capucines*, iluminados por torrentes de gas, servidos por elegantes y agraciados jóvenes de ambos sexos, finísimos, amables, complacientes hasta la dulzura, hasta el mimo, capaces de estirparle á una dama, sin dolor, hasta su último billete de mil francos. Siempre tienen la sonrisa en los labios: parecen unos príncipes y unas princesas que le están á uno agasajando en sus palacios, y de ningún modo unos bandoleros que le están desollando vivo.....

Como me propongo no decir en estos apuntes nada de lo que sus lectores—(si algun día llegan á tenerlos..... ¿quién sabe? *¡todo se imprime!* como decia el don Antonio del Café),—como me propongo, digo, no consignar en estos apuntes mas que las observaciones que se me van ocurriendo al día, y de ningún modo los datos y noticias que se hallan en todos los *manuales* y en cien libros, al alcance de todo el mundo, no pienso pasar revista ni aun á los *principales* templos que tiene aquí la moda, por mas que los acate y venere como el paraíso de las damas. Mejor que yo saben ellas, de seguro, donde se encuentran los *chapeaux les plus frais*, mejor confeccionados, las gorras mas aéreas, las novedades mas nuevas; ademas que para ilustrarlas en este punto, si lo necesitan, tienen aquí una multitud de periódicos *especiales*,—de los cuales sin embargo, hay que desconfiarse un poco, porque suelen estar pagados para elogiar..... por los mismos elogiados. Esto es aquí muy corriente, y no solo en el ramo de modas. Es muy probable que en todas partes suceda lo mismo, pero de cierto sucede aquí en mayor escala: esta es la tierra, este es el siglo del *puff*,—verdadera anátesis del conocido proverbio de nuestros abuelos:—*el buen paño en el arca se vende*.

Otra cosa sucede aquí, mas que en otras partes, á lo que creo, y no estará de mas consignarla por si la noticia puede aprovechar á alguno.—De barrio á barrio, de calle á calle, tal vez de tienda á tienda, suele haber una diferencia enorme en el coste de unos mismos objetos. Dicen las damas, por lo tocante á su especialidad de modas, que esas diferencias en el coste están muy compensadas por la diferencia real y efectiva que hay en los productos comprados, por mas que á ojos poco inteligentes parezcan iguales,—y añaden muy ufanas que jamás una persona de gusto confundirá una capota de madame Laure, ó un abrigo de madame Herve con otro abrigo ú otra capota, al parecer idénticos, comprados dos tiendas mas abajo ó mas arriba.—Inclino la frente y lo creo como artículo de fé; pero consigno el hecho para que ninguna amiga se esponga á ir vestida de paco-tilla por ignorancia ó mal entendida economía.—En cuanto á vestir prendas compradas del *boulevard S. Denis* hacia abajo, camino del *Marais*, eso ya seria estolidez ó ignorancia demasiado grosera para que yo pueda atribuirla, ni aun en hipótesis, á ninguna persona culta,—hombre ó muger, si bajan de cincuenta años. Tanto valdría vestirse en Madrid en los portales de la calle Mayor y presumir de elegante!...

*El buen gusto nació francés*, dicen los franceses, que han convertido en proverbio nacional este hemistiquio de



Boileau, si mal no recuerdo: *Le gout nacquit francais*. Lo creo como lo dicen: en ningún país se disponen las cosas con tan feliz artificio como en París, ni tampoco hay en otro alguno tanta gracia para burlarse con implacable crueldad de lo que hoy no es de buen gusto, aunque ayer lo era... ¡Cómo! ¿Será posible que hoy sea ridículo lo que hace un mes era elegante? Lo que hoy nos parece de tan buen gusto (lo mismo en trages que en muebles y ornato), ¿parecerá estrafalario dentro de poco? La razón lo rechaza y la experiencia nos lo confirma todos los días. En esto, en esto mas que en otra cosa alguna aparece patente hasta qué punto se ha encarnado en nuestra naturaleza el espíritu de sumisión absoluta á la tiranía que ejerce París sobre toda Europa;—á tal punto que si á París se le antojara (y puede que se le antoje el día menos pensado) variar de gusto y de modas, no ya cada año ó cada mes, sino cada semana ó cada día, por días ó por semanas iríamos, como corderos, variando tambien nosotros de gusto y de modas,—y encontrando muy ridícula y muy inservible la prenda de vestir ó la cosa cualquiera que antes nos entusiasmaba. Misterios de la mente humana, que es un abismo, y que por lo pronto van llenando de dinero este otro abismo llamado París, en el que vienen á sepultarse tantos caudales sacrificados alegremente al culto irracional de la moda, tan irracional que hoy ensancha á nuestras damas con inmensos miriñaques, á punto de que parecen campanas, y mañana tal vez nos las dejará escurridas como fundas de paraguas.

Era difícil hablar de París sin hablar de modas; pero salgo mas que á paso de este terreno resbaladizo, no sin pedir perdón á las damas por las muchas heregías que sin duda se me habrán escapado al correr de la pluma. Me lo dicen mi confusión, mis remordimientos....

## IX.

París, 1.º de enero de 1856.

El 1.º de enero, el día del año (*le jour de l'an*), como aquí se dice, presenta esta gran ciudad el aspecto mas animado que puede imaginarse. Hoy todo el mundo da y recibe aginaldo (*étrennes*); en el solo día de hoy se reconcentran aquí toda la alegría, todas las fiestas, todos los agasajos que nosotros solemos distribuir entre todos los que transcurren desde el de Nochebuena hasta el de Reyes. Las pascuas de Navidad, tan festejadas en nuestro país y en Inglaterra, son aquí unos días como otros cualesquiera; solo la Iglesia las celebra; pero en la vida exterior y aparente de este pueblo, nada absolutamente traspira que recuerde aquella gran festividad cristiana. El día de Reyes no trae consigo mas novedad que las grandes recepciones oficiales de la corte, con su acompañamiento obligado de discursos políticos, y en el seno de las familias, el gasto de la tradicional torta llamada *gâteau des rois*. En toda reunión casera, desde las mas altas hasta las mas humildes, se sirve por la noche con el té ó sin él, ó simplemente á los postres, una de esas tortas (las hay colosales, como ruedas de molino, y por lo comun poco menos duras y desabridas); cada una encierra en sus recónditas entrañas una *haba*. Distribuida la torta en pedacitos entre todos los concurrentes, aquel á quien le toca el *haba*, hace de rey por aquella noche. Sobre el origen y significación de esta antiquísima costumbre, podría decir aquí las cosas mas eruditas con

solo consultar unos cuantos libros que andan en manos de todo el mundo, ó simplemente con copiar el inevitable articulo que sobre el particular traerán los periódicos este año, como todos, el 6 del actual, así como hoy nos hablan largamente del origen romano y de las peripecias por que ha pasado en el mundo la universal costumbre de los aguinaldos ó estrenas;—pero no quiero echarla de sabio á tan poca costa. La erudición fácil se me figura que produce en los escritos el mismo efecto que el colorete en el rostro.

El consumo de dulces que hoy se hace en París no tiene límites; el regalo mas comun, mas popular, el acompañante obligado, ademas, de todo aginaldo modesto, en metálico, á porteros, criados, aguadores, etc., etc., es una caja de almendras. Es admirable la afición de este pueblo á aquella indigesta golosina; no solo las confiterías, mas aun que las confiterías, están hoy atestadas de cajas de almendras, forradas de papel blanco y atadas con una bonita cinta de seda, las innumerables tiendas de los llamados *especieros*, que corresponden á las de nuestros ultramarinos. Pero no se crea que aquí, como en nuestra tierra, los aguinaldos se limitan á dulces y otros comestibles mas sustanciosos; lejos de eso, jamás he visto que aquí se le regalen á nadie pavos, ni capones, ni chorizos, ni ningún otro manjar, fuera de los dulces,—ya sean las susodichas almendras puramente populares y casi *canallescás* (permítaseme la expresión),—ya los esquisitos y carísimos productos de *Marquis*, *Doux* (el del pasaje de la Opera) y otros cien confiteros trascendentales, que en tal día como hoy es de rigor ofrecer á las damas. Los aguinaldos, entre la gente culta (sin contar los juguetes para los niños), consisten generalmente en libros ricamente encuadernados, en muebles de escritorio ó de *toilette*, y sobre todo (y esto es lo mas elegante y delicado), en lo que aquí se llama *objetos de arte*, bronce, estatuas pequeñas, cuadritos, *albums*, aguadas de los primeros artistas.... ¿No vale esto incomparablemente más que nuestros regalos de pavos y chorizos?

El que visita hoy por primera vez los famosos almacenes de *Susse*, *Giroux*, *Bisson* y tantos otros, cree encontrarse en un palacio encantado. ¡Qué primores! ¡qué riqueza! y sobre todo ¡qué gusto tan exquisito! ¡Allí sí que se ve confirmado aquello de que el buen gusto nació francés! Verdad es que todo el año, las tiendas, numerosísimas por cierto, de objetos de arte, son aquí unos preciosos museos de curiosidades, delicias de la gente culta; pero tambien lo es que en este gran día (el día del año!) parece como que se transforman y lucen el doble, como una muger hermosa cuando se reviste de todas sus galas. En proporción, á todas las tiendas les sucede hoy lo mismo, unido lo cual á la mayor afluencia de gente por las calles, á la mayor alegría y animación de los semblantes, á la algazara de los chiquillos, á la superabundancia de coches que vuelan en todas direcciones, da á París una fisonomía singular, única en el año, pues ni se parece á la que presenta en los días de grandes festividades nacionales, ni en los de Carnaval, ni en otro alguno; es, ya lo he dicho, una fisonomía *única*, y de que solo viéndola se puede formar idea.

## X.

Otra peculiaridad propia de este día y de los inmediatos siguientes, ofrecen aquí los teatros,—y es la de dar, bajo



forma dramática pero muy poco literaria, *revistas* crítico-burlescas del año recién hundido en la eternidad. Esta es una de las pocas cosas de París que todavía no hemos imitado en Madrid, y que probablemente no imitaremos nunca. Hay para ello muchas razones: la principal es, á mi juicio, que nuestro carácter y el giro de nuestras ideas rechazan á una la gran tolerancia que suponen y requieren tales espectáculos. Ni lo critico, ni lo elogio: me limito á consignar un hecho, que me parece evidente;—ó si no, juzgue el lector.

En todas las *revistas* cómicas á que he asistido este año, (y lo mismo en las de todos los anteriores), se alude continuamente, para ponerlos en caricatura con indecible sal, á los hombres mas eminentes en ciencias, en industria, en artes, en letras, que han figurado de algun modo notable en el transcurso del año. Antes se hacia lo mismo con las eminencias políticas; ya no se hace, pero téngase muy en cuenta que es porque este emperador no lo consiente, no porque las costumbres lo repugnen ó porque ofrezca inconvenientes en la práctica. El día en que varíe la legislación en este punto, volverá á hacerse,—y los hombres mas eminentes (téngase tambien esto muy en cuenta),—solo los hombres eminentes, ó á lo menos los que tienen el raro privilegio de llamar particularmente la atención pública y sobresalir entre los demas,—y los hombres, digo, mas eminentes en política, los Guizot, los Dupin, los Thiers, los Lamartine volverán á hacer el gasto en los teatrillos burlones, y el público lo aplaudirá á rabiár, y ellos mismos serán los primeros en reírse de sus saladísimas caricaturas, y se alegrarán mucho, en su interior, de que se las hagan, porque verán en ellas un medio mas de acrecentar su popularidad ó de darse á conocer hasta entre las ínfimas clases del pueblo,—y porque eso les probará que, en opinion de sus contemporáneos, no son unos entes vulgares, como los muchos de quienes nadie se acuerda ni aun para reírse de ellos;—y por consiguiente no resultarán de esa exhibicion burlesca de sus personas ni denuncias, ni provocaciones, ni desafíos, sino al contrario, alegría y provecho para todos. Tampoco ahora elogio, ni critico; no hago mas que narrar sencillamente, consignar otro hecho que juzgo innegable. Hoy por hoy hacen el gasto como objetos de la pública hilaridad en estas *revistas* retrospectivas el sabio Mr. Coste y su admirable y utilísimo descubrimiento ó perfeccionamiento de la piscicultura; el otro sabio Mr. Flourens, secretario perpétuo, nada menos, de la Academia de Ciencias, por su curioso libro recién publicado de *La vie humaine*, en que intenta probar que á los cincuenta años empieza para el hombre una segunda juventud,—grande extravagancia sin duda, que se presta grandemente al ridículo (y Dios sabe si aqui se lo han encontrado estos inagotables caricaturistas Daumier y Cham), pero que al cabo es la extravagancia de un sabio y está explanada en un libro notabilísimo, como estudio fisiológico. Sirve tambien de diversion al público nada menos que el fisco, (una parte del gobierno!) por la reciente contribucion impuesta sobre los perros de lujo. ¿Qué mas? estas gentes se rien en sus teatros y en sus periódicos satíricos hasta de las maravillas con que ahora mismo está asombrando al mundo y honrando á la Francia muy especialmente la *Exposicion universal*. En cuanto á los grandes artistas y literatos contemporáneos, sabido es que esos hacen el gasto de la

burla y de la caricatura todo el año. Este pueblo, que los cubre de oro, se indemniza cubriéndolos tambien de ridículo, á la manera que el pueblo romano hacia llenar de injurias á sus generales vencedores, durante su marcha triunfal al Capitolio.

Si fueran á contarse las caricaturas que se han hecho aqui de Alejandro Dumas, por ejemplo, su número alcanzaría proporciones fabulosas. Día por día, hora por hora, su vida pública y hasta su vida privada han sido y siguen siendo objeto de millares de relaciones grotescas de que todo el mundo se ha reído millares de veces, y él el primero. El público sabe así todas sus aventuras, todos sus dichos.—Resultado de esto es que el público, esto es, todo el mundo en Francia, chicos y grandes, conoce el nombre de Dumas, está en cierto modo familiarizado con él, y como es consiguiente, devora sus producciones. Otro resultado de todo esto es que Dumas lleva ganados á estas horas con su pluma algunos millones de francos... Poco mas, poco menos, lo mismo puede decirse de Jorge Sand, de Balzac (cuando vivía; ahora todo se vuelve elogios y apoteosis de aquel raro ingenio tan duramente tratado en vida!), de Scribe, de Musset, de Sandeau, de Victor Hugo, de Lamartine,—nombres que tienen hoy tanto eco en toda Francia como pueden tenerlo aqui y en todas partes los de los soberanos reinantes. Y la razon es, á mi juicio, que este pueblo inteligente por excelencia acata en ellos, como en los de sus grandes artistas y sábios, la soberanía de la inteligencia.

## XI.

Paris, febrero de 1855.

Sin sentirlo he pasado á hablar de lo que puede llamarse la *vida literaria y artistica* en esta gran ciudad. Mis relaciones de amistad con varios literatos y artistas, mis relaciones de negocios con algunos libreros, me han dado ocasion de asomarme un poco por decirlo así, á aquella vida particular, tan diferente de la vida comun (llamada aqui *bourgeoise*), y voy á recordar algunas de las impresiones que me ha dejado.

Hay aquí muchos salones puramente literarios y artísticos, porque es de advertir que las letras y las artes,—(la *poesia* y el *arte*, como ahora se dice),—van estrechamente unidas y forman aquí un mundo aparte: generalmente se le denomina la *Bohemia*. Entre las artes se cuenta, como es natural, el arte escénico ó sea la profesion del actor, que es tambien un *artista*, como el compositor músico y el arquitecto. De los pintores y escultores nada hay que decir: éstos son los artistas por excelencia. Los libreros, los editores de música y de estampas, los directores de teatros, los periodistas, lo son por afición. Cierta clase de usureros elegantes, ciertos ricachos generosos, *protectores* natos de cómicas y bailarinas, son también algo artistas... por afinidad. Todos éstos tienen por lo menos un pié en la Bohemia. *Quien con lobos anda....* Excusado parece decir que en esta denominacion de *Bohemia* que se suele dar al mundo de los literatos y de los artistas, va envuelta la idea un tanto prosaica de una reprobacion satírica de sus costumbres algo libres, algo desarregladas, muy ex-céntricas en general, muy distintas de las del comun de los



mortales..... ¿Son por eso peores? hay de todo. Las antiguas tradiciones del desorden y la desastrosa vida propia de poetas, cómicos y artistas, están muy perdidas en la realidad: los hombres que cultivan el campo de la imaginación y viven de sus frutos ó sea del gran placer que con ellos nos proporcionan, no son lo que se imagina el vulgo. En nada ó en muy poco se parecen á lo que fueron. Ya no habitan en las guardillas ni mueren en los hospitales; lejos de eso. El lujo, las comodidades, todo lo que reluce, todo lo que deleita y embriaga los sentidos es para ellos una *necesidad*.—«El artista ha sido creado para ser rico, muy rico!» exclama Balzac, en no recuerdo cuantos pasajes de sus obras. Así lo comprende también la sociedad moderna y ya no escatima á los alumnos del arte ni los aplausos ni el oro. Todos los que tienen verdadero mérito, en Francia, (lo mismo sucede en Inglaterra), y no son demasiado calaveras, disfrutaban grandes rentas además de vivir como príncipes, y lo que es más, como príncipes ilustrados, que es la mejor vida que puede imaginarse. El palacio de *Monte-Cristo* que Alejandro Dumas se construyó en San German, y que desgraciadamente no tardó en pasar á manos de sus numerosos acreedores, era una residencia no ya de príncipes, sino de hadas y génios. Los *hoteles* de Mlle. Mars y Mlle. Rachel en el barrio llamado de Breda (la Nueva Atenas), la casa de campo de ésta última en Montmorency;—las habitaciones de Mr. de Lamartine, de los dos Dumas padre é hijo, de Mr. Ingres, Horacio Vernet y Paul Delaroche, para no citar las de otros cien, son verdaderos palacios dignos de unos banqueros.... ¡No puede hoy ponderarse más! Y es de advertir que hoy falta de aquí el escritor que descollaba sobre todos por su lujo oriental y por sus hábitos aristocráticos, á saber, el célebre Eugenio Sue, actualmente proscripto en Suiza por demócrata!....

En uno de mis antiguos cuadernos de apuntes, correspondiente al año 1841, me encuentro una nota relativa á aquel escritor con el cual tuve por entonces y despues bastante trato. En aquella época estaba escribiendo Mr. Sue su *Historia Universal* de la Marina, y puesto yo en relaciones con él por nuestro comun é íntimo amigo Mr. Viardot, me encargó para ella varios trabajos referentes á cosas de España: esto me obligó á verle con frecuencia. He aquí la nota que escribí una mañana en mi libro de memorias, al volver de su casa á la mía:—«Eugenio Sue parece hombre de unos treinta años; es alto, muy moreno, fisonomía española; pero tiene los ojos de un color gris muy claro. Es estremadamente laborioso: á las ocho de la mañana, que es la hora á que suelo ir á verle—(esto pasaba en invierno)—ya lleva dos ó tres, segun me dice, de estar trabajando. Su casa, situada *rue de la Pepinière*, núm. 81, es un prodigio de lujo y de elegancia: su despacho es un pequeño museo lleno de primores. Siempre le encuentro sentado delante de su mesa, escribiendo muy de prisa, rodeado de libros: escribe con guantes blancos, y su traje casero y matinal se compone de un pantalon de pie, color de grana, y una especie de levitín blanco abrochado hasta el cuello con grandes botones de plata: lleva unas soberbias babuchas recamadas de oro, como un sultan. Para llegar á su casa, que es verdaderamente *suya* propia y la habita él solo con su servidumbre, se atraviesa un pequeño jardin, lleno de plantas exóticas que ahora no tienen vista (ya he dicho que escribía esto en el rigor del invierno), pero cuyas ga-

las primaverales y veraniegas me ha encarecido su dueño, que parece muy aficionado y muy inteligente. El mismo pretende haber traído de remotas tierras las más raras en sus largos viages, pues ha sido marino..... Del mismo modo tiene las paredes de su alfombrada escalera y de varias salas materialmente cubiertas de trofeos de armas singularesísimas, de todas las tribus y naciones. Con aquellas *panoplias* se mezclan multitud de objetos singulares, y algunos muy preciosos,—como sillas de montar, frenos, bandadas, gorros turcos y persas, puñales malayos, lanzas patagónicas,—un verdadero museo de curiosidades, no todas extranjeras, pues á ellas se mezclan los productos más delicados del arte indígena.

«El dueño de todas estas maravillas es un hombre finísimo en su trato, algo frio y reservado en sus maneras, muy apasionado, segun me asegura, de las cosas de nuestro país... Dicen que ha sido exageradamente derrochador, y que en su primera juventud disipó la pingüe herencia que le dejó su padre, por manera que el no menos pingüe caudal que hoy disfruta se lo ha ganado él con su pluma en pocos años. Ahora pasa por hombre de orden... en sus gastos, no en sus doctrinas políticas, desgraciadamente.»

Por aquella época tuve que ver algunas veces, también por motivos literarios, á otro escritor no menos célebre y de una celebridad menos borrascosa, menos contestada, como que no entraba en ella mezcla alguna del elemento político, que hoy lo malea todo... Hablo de Federico Soulié, el autor de *Las Memorias del Diablo*, de la *Confesion general*, de *Romeo y Julieta* y de una infinidad de novelas y dramas que sobrenadarán, me parece, en el grande y próximo naufragio que aguarda á tantas otras producciones novelescas y dramáticas de este siglo. Esto escribía yo entonces de Soulié, al poco rato de haber tenido con él una larga conversacion:

«Es de estatura regular, grueso, muy bigotudo. Mas bien que poeta y hombre de letras parece por su traza un hombre de negocios. Es brusco y debe ser muy descontento, tadizo cuando tan descontento parece estar con su suerte—que realmente es más para envidiada que para compadecida; pero él todo lo vé de color sombrío. Se queja de que es pobre, á lo menos de que no está *á son aise* (que viene á significar que no tiene lo suficiente para vivir con holgura)... Me ha dicho que el *Journal des Débats*, en el cual reemplaza ahora á Julio Janin que está viajando por Italia, le paga *quinientos francos* por cada folletin semanal: yo veo que sus novelas andan en manos de todo el mundo, lo cual prueba que se venden y que por consiguiente sus editores se las pagan bien. Todos sus dramas son muy aplaudidos y deben reportarle crecidos derechos de autor.... ¿Cómo diablos no estará este hombre *á son aise*? Picado por el aguijon de la curiosidad y valido de la franqueza que hay siempre aquí para hablar de cosas de dinero, que es la conversacion casi universal entre hombres, como en nuestro país lo es la de cosas de política, me decidí á preguntarle qué entendía él por estar *á son aise*.—Yo llamo estar *á son aise*, tener uno 300,000 francos suyos, me respondió; 300,000 francos ahorrados (*mis de côté*).—Poco menos que la mitad de esa suma debe Vd. ganar cada año, le repliqué, apoyado en los mismos datos que él me había suministrado de sus ingresos anua-



«les, y me parece que ahorrando algo todos los años, que no es difícil sobre ese presupuesto.....—¿Qué he de ahorrar, exclamó con una cara muy lúgubre, si apenas gano para vivir?.....»

«Federico Soulié es soltero y no veo gran lujo en su casa; pero.....» (Lo que sigue en mi antiguo libro de memorias no viene ya al caso, supuesto que lo que ahora escribo se va á publicar en el *Museo de las Familias*.)

Yo no sé si estos recuerdos literarios serán del agrado de mis lectores; lo que es á mí, confieso que me causa vivo placer encontrar en mis apuntes íntimos la impresion reciente y, en cierto modo, espontánea que me ha dejado la vista de algunas personas que, por cualquier concepto, meten ruido en el mundo, es decir, son célebres..... Porque ¿qué es la celebridad? Ruido,—nada mas que un poco ó un mucho de *ruido*.

Cuando yo vine aquí la tercera vez, en 1837, que fué la mas larga *estada* que he hecho en pais extranjero (seis años duró aquella: ¿quién sabe cuánto durará esta?), la celebridad de Victor Hugo habia llegado á su apogeo. Apaciguadas ya las tempestades de la empeñada lucha entre clásicos y románticos, durante la cual las exageraciones propias del espíritu de partido habian desfigurado completamente la significacion de aquel escritor, levantándole unos muy por cima de Homero y el Dante y rebajándole otros al nivel de los idiotas, el verdadero crédito á que *verdaderamente* es acreedor el autor de *Nuestra Señora de Paris*, de las *Orientales*, de *Maria Tudor* y de tantas otras joyas poéticas pasaba ya, digámoslo así, en autoridad de cosa juzgada. La Academia se disponia á abrirle sus puertas: todos le hacian justicia, salvo algunos recalcitrantes clasiquistas que aun perseveraban en sus invectivas contra el estilo poético de las *odas* y *baladas* (la poesia lírica mas bella, sin embargo, que ha producido la musa francesa, en mi opinion)—y repetian á cada paso en son de befa estos *pedregosos* versos, llenos de chiste sin duda, pero de injusticia tambien:

Où, oh Hugo, huchera-t'on ton nom?  
Justice enfin rendu que ne t'-a-t'-on,  
Quand donc au corps qu' académique on nomme,  
Grimperas-tu de roc en roc, rare homme?

Es de advertir que estas cacofonias y estos juegos de palabras son facilísimos en francés. Ahí va ese que recuerdo ahora:

Ton thé t-a-t'-il oté ta toux?

Y este otro no menos extravagante:

Etant sorti sans parapluie,  
il m' eut plus plu qu' il plût plus-tot!

Allá ván otros dos que pueden arder en un candil, y que cito únicamente para que se vea el escaso valor que tienen (aun considerados como meros pasatiempos del ingenio) aquel y otros *desahogos* de los detractores de Victor Hugo, supuesto que, como he dicho antes, en francés escribe cualquiera tales desatinos:

J' ai vu cinq saints sains ceints du seing du Saint-Pere!

lo cual quiere ser un verso y lo consigue, aunque resultan-

do ser un verso muy malo. Este otro ya no es verso y apenas es prosa:

Ces ciprés sont si loin qu' on ne sait pas s' ils en sont.

Yo no conocia entonces personalmente á Victor Hugo, y como es natural deseaba conocerle, habiendo tenido el gusto de ser el primero en dar á conocer en España sus escritos con mis traducciones, muy leídas por cierto en su tiempo, de *Nuestra Señora de Paris*, sus demas novelas y el *Hernani*. Un amigo comun, el excelente pintor Mr. Dauzats, me llevó una noche á su casa. En estos términos encuentro consignada en mi *diario* aquella visita.

EUGENIO DE OCHOA.

(La continuacion en el número próximo.)

## HISTORIA DE UN SUCESO DEL SIGLO PASADO.

(Conclusion).

### III.

#### EL FUEGO DE LA PLAZA.

Al caer están las once de la mañana, segun apunta el reloj de San Isidro, en cuyos escalones y en cuyas verjas hay encaramada una pequeña porcion de la muchedumbre que se divisa á ambos lados de la calle de Toledo, por el uno hasta la plazuela de la Cebada y en toda su extension y hacia todas las esquinas, y por el otro hasta la calle de la Concepcion Gerónima y cárcel de corte. Cuantos conozcan los célebres tapices fabricados á tenor de los cuadros debidos al airoso pincel de Goya, y especialmente el del *juego del cucharon*, el del *baile en la pradera del Canal*, y el de *una boda de aldea*, se pueden formar idea cumplida de los trages de los individuos de ambos sexos y de todas edades y condiciones, allí atraídos por un mismo objeto. Nosotros debemos pararnos delante de la parroquia de San Millan, sin otro motivo que el de estar allí dos personas con las cuales tenemos ya buenas relaciones, el estudiante de feliz memoria y la verdulera apodada *Chiripa*. De cuanto sucede á la sazón tienen mas ó menos exacta noticia el uno y la otra; ambos han recordado que á las puertas del convento del Carmen descalzo se conocieron casualmente; con franqueza charlan y sin rebozo, de manera de excitar la curiosidad de los que están cerca; y aun cuando hace calor extremado, como que es el día 18 de agosto, no hay mas arbitrio que correr el riesgo de sudar el quilo, si respecto de lo que pasa no nos hemos de quedar en ayunas.

—Yo, señor estudiante, se oye á la Chiripa, me estoy en mis trece, lo han prendido aposta.

—Pues se engaña vd. de medio á medio, repone el estudiante, sino que el vulgo malicia de todo, y sus tragaderasson tales que ni ruedas de molino le dan empacho, y así todavia cree en brujas, y supone que existen fantasmas y duendes.

—Piensa mal y acertarás, decia mi *agüela*, Dios la haya perdonado, replica la verdulera.

—No siempre, interrumpe el estudiante. Mire vd. que yo estoy al tanto de todo.

—Será lo que á vd. se le antoje, amigo, insiste la vejan-